SEGUNDO PREMIO ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

# CASI TODOS LOS MARTES LLUEVE

COVADONGA PUENTE RODRÍGUEZ
*Universidad Camilo José Cela*

Casi todos los martes llueve. Tiene gracia que ahora, desde que perdí la memoria, nunca olvide el paraguas. De eso se encarga Julia. De eso y de todo. Me despierta y me dice cuando debo dormir. Me prepara la ropa, selecciona las pastillas adecuadas para cada momento y comprueba que ya las tomé. Pone nombre a las caras que veo y caras olvidadas a los nombres que sí recuerdo. Digo "Rango" y ella encuentra y me muestra la foto de aquel perro que tuve de niña. Julia nunca olvida el paraguas.

Hoy me trajo a este entierro. Y como casi todos los martes llueve. Dice Julia que a este cementerio, el del pueblo, vinimos muchas veces. Cogida de su brazo, nos unimos a un grupo numeroso de personas que, sin hablar apenas, remontan lentamente las primeras cuestas. La comitiva se detiene frente a una construcción bloqueada por una puerta de forja oxidada. Julia y yo nos paramos también mientras un hombre viejo pugna con aquel portón hasta que logra abrirlo. Deja paso a otros dos más jóvenes, ambos uniformados, que acceden primeramente al panteón. Necesito fumar un cigarro pero Julia me pide que espere.

El hombre viejo se acerca hacia nosotros. Trae una sonrisa triste y las llaves del portón en la mano. Sin dirigirse a Julia, me besa en las mejillas. ¿No me gustan los besos? No, creo que no me gustan los besos. Cuando el hombre viejo se marche, deberé preguntárselo a Julia.

Dos filas paralelas de hombres vestidos de oscuro portan un ataúd que introducen después los dos uniformados en el estrecho hueco del nicho, valiéndose de una pequeña grúa. Luego cubren mecánicamente el hueco pasando y repasando una pequeña espátula. Misión cumplida, parecen decirnos cuando han acabado. Necesito fumar un cigarro pero Julia me pide que espere.

Todos salen del panteón cabizbajos tras los dos operarios. Todos menos nosotras. Se queda también el hombre viejo que algo le dice a Julia. No escucho sus palabras pero Julia responde moviendo la cabeza de un lado a otro y comienza a caminar cogiéndome del brazo hacia la salida donde el grupo espera. Algunos conversan en voz baja y

otros intentan ocultar su impaciencia. El viejo, mientras tanto, se afana en cerrar el portón y se reúne después con nosotras. Los tres nos situamos frente al grupo. Reconozco, tal vez, algunas caras amistosas. Intento recordar algún nombre que pueda asociar con ellas. Necesito fumar un cigarro pero Julia ni siquiera me dice que espere. Me aprieta un poco el brazo y me sonríe cansada. Julia sonríe siempre cansada. Y algunas veces llora.

El viejo se ha cerrado el abrigo y se ajusta la bufanda verde que le ciñe el cuello. Espera, como si fuera esperar todo lo que le queda después de haber cerrado el portón. El viejo necesita afeitarse. Necesitaría también un pelo más oscuro y enderezar la espalda y controlar el pequeño temblor de su mano derecha. Ahora guarda las llaves del portón en uno de los bolsillos del abrigo. Luego estrecha la mano de un señor que inaugura el ritual de saludos y condolencias. Te acompaño en el sentimiento, le dice el otro. Pero el viejo parece seguir solo mientras le da las gracias. Julia me susurra junto al oído: "Camilo". Creo que quiere decirme que el viejo o el señor que le estrecha la mano y le acompaña en el sentimiento se llaman Camilo. Cuando Julia me susurra algún nombre es para que yo lo ponga en alguna parte, en alguna cara próxima, en algún objeto cercano, aunque no siempre encuentro el lugar adecuado. Y entonces permanece flotando en mi cabeza un rato: "Camilo, Camilo, Camilo…". Luego, el nombre se marcha. Otras veces el nombre llega solo. Permanece asentado, recurrente, pidiéndome un lugar con insistencia. Sin innecesarias explicaciones, se lo trasmito a Julia: "Rango", y me muestra la foto de un perro; "Coronel Alemán, 14", y me enseña la dirección escrita en un sobre que guardo entre las páginas de un libro; "Neruda", y Julia deja el libro sobre mi mesa de noche. "Lito", le dije una tarde, y me mostró una pequeña y vieja foto de un niño que llevaba en su cartera de mano. Y se puso después a llorar. Julia, algunas veces, llora.

Regresamos caminando a casa. No estaba lejos, esto sí lo sabía. Unos minutos de tranquilo paseo bajo una lluvia escasa. Me aferraba a su brazo y muy juntas aprovechábamos las dos la protección de aquel paraguas tan oportunamente negro. Nuevamente fue el viejo quien nos abrió la puerta. Primero una puerta delgada de madera y cristal. Luego otra interior mucho más recia, que le costó mover. Tras un ancho pasillo, llegamos a una estancia amplia y poco iluminada. Julia, sin decir nada, se dirigió a una de las habitaciones, mientras el viejo se dejaba caer pesadamente en un sillón con brazos de madera. "Siéntate", me dijo, empleando el mismo tono que emplea quien habla solo. Permanecí de pié. No por contrariar al viejo ni para afirmar con eso una autonomía imposible. Permanecí de pie para esperar a Julia.

— Siéntate, repitió el viejo después de un rato.

— Espero a Julia -le respondí-, sin comprender del todo mis razones.

El viejo levantó la cabeza y se quedó mirándome como si me viera este día por primera vez. Con sus manos inhábiles pugnaba con uno de los tapetes de ganchillo blanco que cubría uno de los brazos del sillón de madera.

— Siéntate Julia, me dijo.

Después de unos minutos, Julia volvió a la sala y dispuso dos tazas de café sobre la mesa de roble que presidía la estancia. Trajo también pan frito. El viejo se sentó frente a mí y Julia permaneció de pie a su lado. Después abandono de nuevo el salón tras besar la cabeza del viejo. Él asintió sin decir nada.

Casi todos los martes llueve. No he vuelto al cementerio desde que Julia se marchó. Tampoco he vuelto al pueblo. Al viejo aún llegue a verlo algunas veces en esta nueva casa. Subía a mi habitación, se sentaba a mi lado junto a la ventana y preguntaba algunas cosas que yo no sabía. Creo que hace tiempo que el viejo no viene.

Las palabras se han ido con el viejo. Imágenes, algunas, me quedan todavía. También me queda el frío. Este nuevo casón no abriga. Sentada en una silla con ruedas recorro sus pasillos empujada por dos manos que no son la de Julia. Solo espero que vuelvan a llevarme esas manos u otras a una cama que, si no caliente, sí se lleva las caras que vagan de manera indolente por el nuevo casón y me trae más intensas las imágenes que todavía conservo.

He dicho, finalmente, mi última palabra: Julia. Nadie me muestra ahora de forma diligente la imagen que complete esa voz, que le de algún sentido. Y entonces permanece flotando en mi cabeza un rato: Julia, Julia, Julia.

— Eso es: Julia -oigo que me responde con impostada alegría una mujer vestida de blanco que se apoya en el marco de la puerta de la habitación mientras me mira-. Te llamas Julia, Ju-lia, subraya festejándolo con una palmada.

Al entierro de Julia acudió todo el pueblo. Todo el pueblo era poco decir pero era todo lo que podía decirse. A otras reuniones sociales tal vez podría faltarse, pero no a los entierros.

— Pobre Julia, declamaba una voz.

— Sí, pobres Julias -subrayaba otra-. Julia, la madre. Y Julia, la hija enferma, que siempre llamó Julia a su hermana, desde que perdió la cabeza.

El entierro de Julia fue un martes. Y casi todos los martes llueve.